Visto el precedente informe del R. P. Jacinto Blanch, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse, por lo que á Nos toca, la obra **Curso razonado y práctico de Oratoria** *escrita por el R. P. Mariano Costa de nuestra Congregación.*

Clemente Serrat,
SUPERIOR GENERAL.

Santo Domingo de la Calzada, 5 de Septiembre de 1903.

Por lo que á Nos toca, damos nuestro permiso y licencia para que pueda imprimirse la obra titulada **Curso razonado y práctico de Oratoria Sagrada**, *escrita por el P. Mariano Costa, Misionero del Inmaculado Corazón de María, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.*

El Arzobispo de Zaragoza.

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo, mi Señor,
Dr. Robustiano Carro, Secretario.

Zaragoza, 2 de Diciembre de 1903.

PREÁMBULO

1. **Jesucristo**, que vino á restaurar todas las cosas, no contento con purificarnos de nuestros pecados por medio de su redención, nos enseñó también el camino del cielo durante los días de su predicación evangélica. Por eso, en todos sus sermones no dejó de afirmar que su Padre le había mandado al mundo para que fuese Doctor y Maestro por excelencia de todas las gentes, y especialmente de su Iglesia que iba á fundar cuando se rodeó de aquellos bienaventurados pescadores á quienes convirtió en sus Apóstoles invencibles.

Y Jesucristo Nuestro Señor, por su *unión hipostática* con la divinidad, tuvo necesariamente la suprema potestad de enseñar, con indiscutible derecho á que todas las gentes del mundo escuchen su celestial doctrina, tanto si la predica por sí mismo como si la anuncia por sus sacerdotes. Por otra parte, en Jesucristo hubo virtud eminentísima, no sólo para enseñar, sino también para mover eficazmente los espíritus, iluminando con lumbre divina sus entendimientos acerca de los santos misterios, y penetrando hasta lo más íntimo de los corazones, según los mismos discípulos se lo confesaban á boca llena al Divino Maestro: *Verba vitae eternae habes* (1).

(1) Joann, VI,

Y aunque Jesucristo podía ejercer por escrito su magisterio, esta manera de enseñanza no parece haber sido conveniente ni á la dignidad del Maestro, que bien podía escribir su doctrina directa ó inmediatamente en los corazones, ni á la excelencia de la celestial doctrina, la cual no podía ceñirse á lo que cabe en la escritura de los libros, y, en fin, amaestrando El por sí á los Apóstoles, para que éstos, de palabra ó por escrito, predicasen á las gentes, manifestó por sapientísima manera algún orden en la predicación evangélica. Para cuya significación dijeron los Proverbios que el Salvador, sabiduría de Dios, «envió á sus criados á invitar al alcázar» (1).

2. Ahora en la predicación oral de Jesucristo incumbe considerar dos cosas: la elocuencia ó fuerza psicogógica y la figura exterior de su lenguaje.

El Divino Maestro, á diferencia de los demás doctores, tuvo fuerza y autoridad para formarse discípulos sabios, conforme era conveniente á la misión altísima que pensaba confiarles. Virtud de que no goza ni el Papa, su Vicario, quien puede enviar y dar privilegios para el mejor desempeño de la predicación sagrada; pero no alcanza á dar suficiencia para predicar ni mucho menos á dar fuerza persuasiva á la palabra que brota de los labios de los predicadores. Mas Jesús realizó ambas maravillas cuando, escogiendo á sus discípulos, les dijo: «Yo pondré en vuestros labios palabras y sabiduría que no podrán contradecir todos vuestros adversarios *juntos*.» Y la historia de la Iglesia Santa durante la sucesión de todos los siglos cristianos canta magníficamente el exacto cumplimiento de la promesa divina.

Cuanto al estilo de su lenguaje, es notorio que no puede admitirse nada que indique ignorancia en quien es Sabiduría infinita, porque, como fácilmente se comprende y lo enseña Santo Tomás, Jesucristo tenía en sí la ciencia de todas las lenguas en toda su perfección (2). Y, hablando de

(1) Prov. IX.—Estas razones del Doctor Angélico no parecen muy fuertes al Doctor Eximio Suárez; pero éste conviene en decir que de hecho Jesucristo enseñó sólo de palabra y nunca por escrito su sagrada doctrina. (*V. Comm. in Summ.* III, q. 42, a. 4.)

(2) *Summ. Theol.* 2.ª 2.ae q. 176, a. 1, ad. 3m.

El, cantaba David con su arpa de oro: «Es el más hermoso entre todos los hijos de los hombres..... y la gracia ha brotado de sus labios» (1), significando, según lo estiman no pocos doctores, la suavidad y el encanto de su voz y la elocuencia y sabiduría de sus palabras (2). Por donde los que oían los sermones de Jesús «le daban elogios, y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia que salían de su boca» (3). Añadiendo á todo esto San Mateo que «las gentes se llenaban de admiración, y decían: jamás se ha visto *hombre* semejante en Israel» (4).

3. Pero el Divino Redentor, al fundar su Iglesia, que ha de ir realizando la conversión de todas las gentes por medio de la predicación evangélica, comunicó, como arriba apuntamos, mucho de su sabiduría y elocuencia á sus Apóstoles, al tiempo en que les dijo con la autoridad de su palabra: «*Id* é instruíd á todas las naciones en el camino de la salud. No temáis, y estad ciertos que Yo *mismo* estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos» (5). Y realmente la voz de los Apóstoles resonó por toda la tierra, y el eco de la voz divina se ha ido repitiendo y continuará resonando por todos los ámbitos del mundo durante la sucesión de todos los siglos.

Siendo ello así, creemos que no habrá en la tierra, y menos en nuestra España, ningún sacerdote que niegue ó dude *en tesis* de la obligación de predicar la palabra de Jesucristo, no ignorando nadie la costumbre constante de Dios de inspirar la fé valiéndose de la enseñanza oral—*fides ex auditu*—; pero los pueblos no oirán ni aprenderán, si no se les predica (6). Por eso el Concilio de Trento manda gravemente á los Obispos y á los Párrocos que «por lo menos en los domingos y en los días solemnes apacienten á los fieles con sermones breves y sencillos expuestos con palabras saludables, acomodándose á la capacidad de los mis-

(1) Ps. XLIV, 3.
(2) V. Joann. Cartagena Hispano: *Homil.* Cat ıol. L. 1, homil. 15. -Roma, 1609.
(3) Luc. IV, 22.
(4) Matth. IX, 33.
(5) Matth. XXVIII, 19.
(6) Rom. X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

mos pastores y á la de sus oyentes» (1). Y á los españoles no nos vale traer excusas contra estos preceptos divinos y conciliares; porque con fecha más reciente la Santidad de Inocencio XIII dió una Constitución *á los Obispos de España* que dice así: «A fin de que con vanos pretextos no se arraigue ese tan calamitoso abandono (el de predicar) terminantemente mandamos á cada uno de los Obispos de España que de todas maneras cuiden de que los que tienen cura de almas cumplan dicha obligación por sí mismos, y, si estuvieren legítimamente impedidos, ejecútenlo valiéndose de otros sujetos idóneos para este oficio tan egregio» (2), Y señala algunas providencias encaminadas á que se pongan en efecto sus mandatos.

Además, ningún sacerdote ignora que, hoy más que nunca, las naciones, más ó menos hipócritas ó descaradas, se han embravecido contra Jesucristo y su Iglesia; se ha quitado la Cruz de la corona de los reyes, se la ha borrado de las Legislaciones, y se propaga con infernal vocerío toda clase de blasfemias contra El en todos los pueblos..... Es verdad que muchos católicos, y hasta no pocos sacerdotes, lamentan que la Iglesia sea atacada, por todos lados, de sus implacables enemigos; pero como simples mujercillas, con no dejar de suspirar, no mueven un pie para la defensa de nuestra común Madre. Cierto es que, si no levantamos más arriba nuestros ojos, casi había para desesperar, porque, como escribe un insigne apologista católico de nuestra patria, «los momentos son realmente angustiosos para la vida del espíritu; por todas partes parece que se nos cierra el cielo, y la dignidad humana, rebajada y empequeñecida con esta feroz campaña contra lo ideal, apenas encuentra

(1) Sess. V, c. 2, de Reform.—Escrito ya este trabajo viene á nuestras manos la primera Encíclica del Papa Pío X (q. D. g.) donde el Padre Santo consigna que uno de los principales medios que urgen para *restaurar todas las cosas en Cristo* es el cuidar que los sacerdotes, reproduciendo en sí la imagen de Cristo, se consagren particularmente al bien de las almas, y «es, dice, para Nuestro corazón profundamente triste ver que se pueda aplicar á nuestros días esta queja de Jeremías: Los niños pidieron pan, y no había nadie que se lo cortase» (Thren. IV. 4).

(2) Dada á 13 de Mayo de 1723.—Téngase presente que el sacrosanto Concilio de Trento manda que se predique *lingua vernacula*; y en el Concilio de Tarragona (1727) en las Const. II y IV ordena á los Obispos *ne patiantur Evangelium explicari alia lingua quam materna.*

refugio sino en los consuelos de un pseudo-misticismo vago..... ó en las negras cavilaciones del pesimismo..... que empieza á roer sordamente el árbol de la civilización europea, arrastrando los espíritus al quietismo desesperado, al tedio de pensar, á la abdicación de toda actividad y de la propia conciencia».

4. Pues bien, si lo dicho es verdad, como lo es, no puede ponerse en duda que para predicar la regeneración cristiana y la vida de la fé, fundamento de toda vida sobrenatural y raíz de todas las demás flores místicas de las virtudes, hemos de emplear los medios más á propósito para su mejor desempeño, y no desdecir de su prototipo divino; y lo conseguiremos, si nos dedicamos al estudio de las ciencias y de las artes con que podamos ejercitar esplendorosamente este augustísimo ministerio de tal manera que no tentemos á Dios. Y con tanta más razón, cuanto aun «los mismos contemporáneos de los Apóstoles, no predicaron por mera virtud de la revelación divina, sino con el trabajo de sus estudios y vigilias» (1). Y cuenta que no nos referimos á los estudios meramente teológicos, sino también á los de las artes literarias y ciencias que más ó menos directa relación guarden con la predicación evangélica, según más despacio declararemos en otro lugar. Así, hablando de la Oratoria Sagrada el Romano Pontífice León XIII (d. s. m.), declaraba á los predicadores que «se han de guardar las reglas del arte oratoria, y se ha de evitar el modo de hablar desaliñado y rústico; porque el discurso elegante suele halagar los ánimos de los oyentes é inclinarlos, por irresistible manera, á la observancia de los Mandamientos divinos» (2). Y «si todos los sacerdotes se persuadiesen de que las letras humanas son en gran manera nobilísimas y que honran magníficamente á los que las poseen, no hay duda de que el estado sacerdotal reconquistaría el glorioso prestigio que, aun en este linaje de co-

(1) Alphons. Tostat. Abulensis. *Comment. in Matth. III.*

(2) Tenenda est ars oratoria, fugiendumque inficetum et rusticum dicendi genus, quia orationis elegans copia allicere animos audientium solet, et ad divinarum legum jussa affatim flectere..... (*V. Discorsi del Santo P. Leone XIII*, dal P. Pasquale de Franciscis.) Roma, 1882.

nocimientos, en otros tiempos gozaba delante de todos los sabios (1)».

Para que viniesen resultados más esplendentes y duraderos no dejaría de ser oportuno establecer en los Seminarios de España (como León XIII lo ha hecho en Roma con las literaturas latina é italiana) una cátedra especial donde, después de haberse estudiado los cursos de Teología Dogmática y Moral, se perfeccionasen los estudios que se iniciaron en las Humanidades; conviene á saber, de *Literatura española* y de *Oratoria Sagrada*, dedicando un curso completo á esta asignatura. Entonces, por los simulacros de predicación, los llamados á pregonar la palabra de Dios irían perdiendo el miedo, y se irían acostumbrando con ventaja inmensa á la realidad del sagrado ministerio; porque verdad es lo que dice Séneca, el *Retórico:* «No hay ejercicio más útil que el que se parece mucho á la obra real en que nos queremos ejercitar. Y así como el fulgor de una luz clara ciega á los que pasan de un lugar oscuro y tenebroso, así á los que pasan de la escuela al foro todo les perturba como nuevo é inusitado, y no llegarán á adquirir robustez oratoria hasta que, domados á fuerza de afrentas, hayan endurecido con el verdadero trabajo su ánimo pueril que languidece en las delicias escolásticas» (2).

No ignoramos que, con ser todos los predicadores, por su oficio, estrellas que narran á las gentes la gloria de Dios, no todas las estrellas fulguran con igual claridad, antes por esa claridad distinta se diferencian unas de otras, y unos predicadores de otros predicadores; pues unos brillan por su majestad y otros por su melíflua dulzura, y otros por su severidad tempestuosa y tremebunda y otros por su sencillez encantadora. Y unos han de predicar en las basílicas y catedrales, delante de los respetables senados de los Cabildos con sus sapientísimos Prelados, y otros en las aldeas, y, tal vez, en las praderas ó en los peñascales. Y unos han de anunciar la palabra divina á los pueblos devotos, y otros á los que han abandonado las leyes católicas, ó que todavía no

(1) V. Carta del Papa León XIII al Card. Paroqui, á 20 de Mayo de 1885.
(2) Lib. IV. *Præf. Controvers.*, citado por D. M. Menéndez Pelayo.

las han conocido nunca. Y, por tanto, no pueden ser en todos los predicadores iguales los destellos de la grandeza oratoria, aunque de suyo sean todos los discursos perfectos y hermosos, como lo son las estrellas que apenas columbramos en el cielo. Resultando de estas perfecciones y hermosuras particulares y diferentes gradualmente la suprema y universal hermosura y bondad de la Iglesia que enamoró al mismo Hacedor de Ella. Pero para llegar á esta perfección relativa necesitamos inclinar nuestra frente á los estudios, vigilias y trabajos, á no ser que alguno reciba ciencia y arte infusas del Espíritu Santo quien, á la verdad, imprime su aliento donde le place: *ubi vult spirat*.

Ya veremos en el decurso de la obra que los enemigos de los adornos retóricos y de toda arte humana en la Predicación Sagrada son «como los ciegos envidiosos de los que ven con vista clara; los tales blasfeman de lo que ignoran» (1). Y veremos que la mayor parte de las objeciones que se presentan hoy no hacen más que repetir las de Juliano Apóstata, de Wiclef y de su coetáneo Arnaldo de Vilanova, quienes dogmatizaban que «las letras humanas y todos los estudios generales tanto aprovechan á la Iglesia como el diablo», el cual dislate fué ya condenado en el Concilio de Constanza (2); y, á pesar de esta condenación, dicho error todavía es repetido en estos tiempos calamitosos, no ya por herejes aviesos, sino por varones en lo demás sapientísimos que condenan los adornos humanos como cosa repugnante á la sencillez de la predicación de Jesucristo y de los Apóstoles que nunca predicaban «con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios» (3). Y se verá lo erróneo y nada católico de tan malas doctrinas.

5. Para contribuir con algo al mayor esplendor de esta educación oratoria, trabajamos este sillar tosco y á nuestra

(1) «Reprehendentes quod aliquis eloquentiam et sapientiam saecularem ad obsequium divinae Sapientiae trahat, sunt sicut caeci invidentes videntibus, quaecumque ignorant blasphemantes, ut dicitur in canonica Judae.» Div. Thom. Opc. XX. *Adversus oppug. Religionem.* Cap. XII.
(2) Art. 29 Wiclefi, damn. sess. 45, a. 1418, sub Martino V.
(3) I Cor. II, 4.

manera labrado, pero siempre amoldado á la piedra angular que es Cristo y á las constantes doctrinas de su Santa Iglesia.

Aconteció que oyendo, durante un recreo, ciertas cuestiones harto acaloradas acerca de si es conveniente ó reprensible el adornar con joyeles retóricos el lenguaje del púlpito, concebimos el deseo de formarnos idea fija, razonada y verdaderamente científica de la Oratoria Sagrada. En aquella hora entendimos que en Oratoria, como en cualquiera otra arte, «hay que evitar con cuidado los dos opuestos escollos en que se estrellan dos opuestos exclusivismos: el procedimiento *apriorístico* y el del experimental. Por razonable y bien fundada que sea una teoría artística, el que quiera aplicarla á rajatabla, sin más criterio que la lógica..., quedará cien veces burlado por los hechos, merced al carácter libre, caprichoso é inclasificable que en el arte hemos notado, y hallará, si sabe sentir el arte, que son tan numerosas ó más las excepciones, como los casos comprendidos en las reglas. Quien, por el contrario, se atenga solamente á la observación y á los hechos, se verá por esa misma índole varia del arte, imposibilitado de formular leyes y principios, y podrá ser un gran artista, si Dios le ha dado facultades, pero no será buen crítico, ni mucho menos filósofo. Es necesario combinar los dos procedimientos, de tal suerte que mutuamente se ilustren y se apoyen» (1). Por otra parte, afirmaba el Magistral de Córdoba, D. Manuel González y Francés que «aun no ha aparecido en el mundo ningún *Tratado filosófico* de esta asignatura que pueda servir de texto en los Seminarios Conciliares ó Religiosos» (2). En las horas en que no urgían trabajos perentorios é inexorables nos dedicábamos, casi á la buena de Dios, á aquel *dulce perder tiempo* desempolvando á no pocos de aquellos apergaminados teólogos de antaño que todo lo querían hacer pasar por el aro de su severa escolástica. Con franqueza confesamos que desfallecimos bastante al leer en las primeras pá-

(1) Fr. Conrado Muiños en su *Polémica Literaria* dirigida á doña Emilia Pardo Bazán.

(2) *Discurso de Apertura y Programa... de Oratoria Sagrada.* Córdoba, 1889.

ginas de los *Comentarios al Génesis* del Abulense esta sentencia para nuestro intento tan desconsoladora: «*Rethorica nihil in humanis negotiis mutabilius est*» (1); y nos convencimos de que tal estudio científico debe de ser más difícil de lo que á primera vista parece. Y entendemos que en la teórica podríamos sobre seguro afirmar lo que el Crisóstomo, príncipe de la Oratoria Sagrada, escribía de lo que resulta en la práctica, es á saber, que «de los muchos que frecuentan las escuelas de las artes humanas muy pocos hay que salgan maestros» (2).

Estando así las cosas, claro está que cualquiera podrá preguntar: ¿se llenarán estas faltas con este tan humilde *Ensayo?* Ya estamos profundamente convencidos de que no llenamos el vacío ni muchísimo menos, pero acaso señalaremos la vereda que podrían proseguir, y convertir en arrecife anchuroso, otros obreros capaces de arribar hasta la cumbre de la ciencia que nosotros sólo vislumbramos en lejano horizonte.

De todos modos, valga lo que valiere, el plan con que hemos dividido este trabajo corresponde al principio que explica el doctor Angélico: «*Forma praesupponit quaedam, et quaedam ad ipsam ex necessitate consequuntur... Praeexigitur determinatio sive commensuratio principiorum seu materialium seu efficientium..... Consequitur inclinatio ad finem*» (3). Que es decir: dividimos el *Curso* en tres partes. En la primera tratamos de lo que se requiere ó *presupone* antes de la composición del discurso sagrado. En la segunda estudiamos la misma *disposición* artificiosa que constituye específicamente esta asignatura. En la tercera se ordenan las reglas de la *pronunciación* del discurso ya compuesto.

Cuanto á la originalidad, seguimos la máxima aristotélica de que «en las cosas difíciles de saberse por principios fijos (y más si hay revoltillo de opiniones) hemos de adoptar la primera manera de aprender, que es rendirse al parecer de los hombres buenos y de autoridad (4)». Pues, según

(1) *Comment. in Genes. Praef.*

(2) *In scholis liberalium disciplinarum ex multis pauci peritiam assequuntur.*

(3) *Sum. Theol.* I. q. 5, a. 5.

(4) Rhetoricorum Lib. I, c. 2.

nosotros lo estimamos, nadie puede tener inconveniente en imitar á Santo Tomás, de quien se ha dicho que «casi todos sus trabajos los fundamentó, como en cimientos solidísimos, en los trabajos de los que le precedieron. Aprovechó para sus obras todo lo que le pareció bueno, después de maduro examen y crítica severa, en las obras de sus predecesores». Así, en vez de exponer por cuenta propia las razones en que nos apoyamos, hemos preferido, de ordinario, poner las mismas palabras sapientísimas que se guardan en los inmortales escritos de los sabios que aparecerán aquí en brillante desfile, aportando á estas páginas las riquezas de sus conocimientos en todo género de ciencias y artes á nuestro propósito convenientes. ¿Qué autoridad podría tener un nombre oscuro en este linaje de estudios en que los principios fijos é incontrastables no reflejan tan directamente como en las ciencias exactas?

Hemos procurado dar las explicaciones doctrinales sin aparato de estilo adornado y flotante, para ser más copiosos en los ejemplos de los Santos Padres y de los Predicadores españoles, más ó menos dignos de imitación, por parecernos cosa siempre muy provechosa en una obra didáctica. Así lo sentía San Agustín cuando en su *Doctrina Cristiana* escribía de esta manera: «Hemos conocido á muchos oradores que eran más elocuentes sin reglas oratorias que otros que las habían aprendido; mas no he conocido á nadie que hubiese alcanzado la elocuencia sin haber leído ú oído excelentes modelos en esta arte» (1). Y dado que los sermonarios españoles no sean los mejores del mundo, según se verá en esta obrita, pero también es cierto que tienen algunos cosas no despreciables, y que no desdeñarían firmar los oradores extranjeros más afamados.

Todavía para mayor claridad hemos separado distintamente los cuerpos de doctrina, los ejemplos y las objeciones

(1) Sine praeceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus neminem (Lib. IV, c. 3). Nos parece oportuno anotar aquí que de intento no hemos querido acarrear, para los ejemplos de Oratoria Sagrada, ningún trozo de libros místicos de los clásicos españoles, como lo hacen generalmente los autores de esta asignatura, por la sencilla razón de que los libros místicos no son sermones. Con todo, respetamos la costumbre contraria.

con el fin de que cada uno de los estudiosos lectores se fije sin embrollo en lo que más le convenga. Tal vez se juzgará este método sobrado escolástico y poco hermanable con la estética rumbosa de la Oratoria; confesamos con toda verdad que para escribir un *Tratado de Oratoria* con solo el intento de *añadir otro* á los innumerables ya existentes, siquiera sean de mucho mérito, de fijo no nos hubiéramos impuesto tanto trabajo.

Por lo demás, los llamados á evangelizar á la casa de Israel ó á los gentiles de todas las naciones, más que en las reglas oratorias, apoyémonos humildemente en la sabiduría y en la bondad y en la virtud de Dios, porque, como dice divinamente San Gregorio el Grande, «si el Espíritu Santo no colma los corazones de los oyentes, en balde resonará en los oídos de ellos la voz de los predicadores» (1); y si en nosotros, instrumentos flacos y pobres, habla el Señor, sabrán todos los pueblos de la tierra lo que cantaba ya el Real Profeta en el salmo veintiocho de esta manera:

«La voz del Señor es como estampido de trueno en medio de las nubes cargadas de agua.

La voz del Señor viene acompañada de toda virtud y revestida de toda magnificencia.

La voz del Señor es como rayo cuyo estruendo desmenuza los cedros, los cedros del Líbano, que son los poderosos de la tierra.

Y los desmenuzará con la facilidad con que desgarraría un becerrillo ó al hijo del unicornio que retozan y se crían en el mismo monte.

La voz del Señor como rayo que rompe las nubes para caer sobre la tierra.

La voz del Señor retumba con estruendo en el desierto de Cades, y espanta á los que se escondían, no queriendo dar á luz las obras de la gloria del Señor.

Mas ahora los hombres instruídos en las grandezas de Dios por virtud de su palabra, vendrán al templo santo, anunciando también por todas partes su gloria: *Et in templo ejus omnes dicent gloriam.*» Amén.

(1) Alegado por Santo Tomás, *Summ. Theol.* 2.ª 2.ª, q. 177, a. 1.